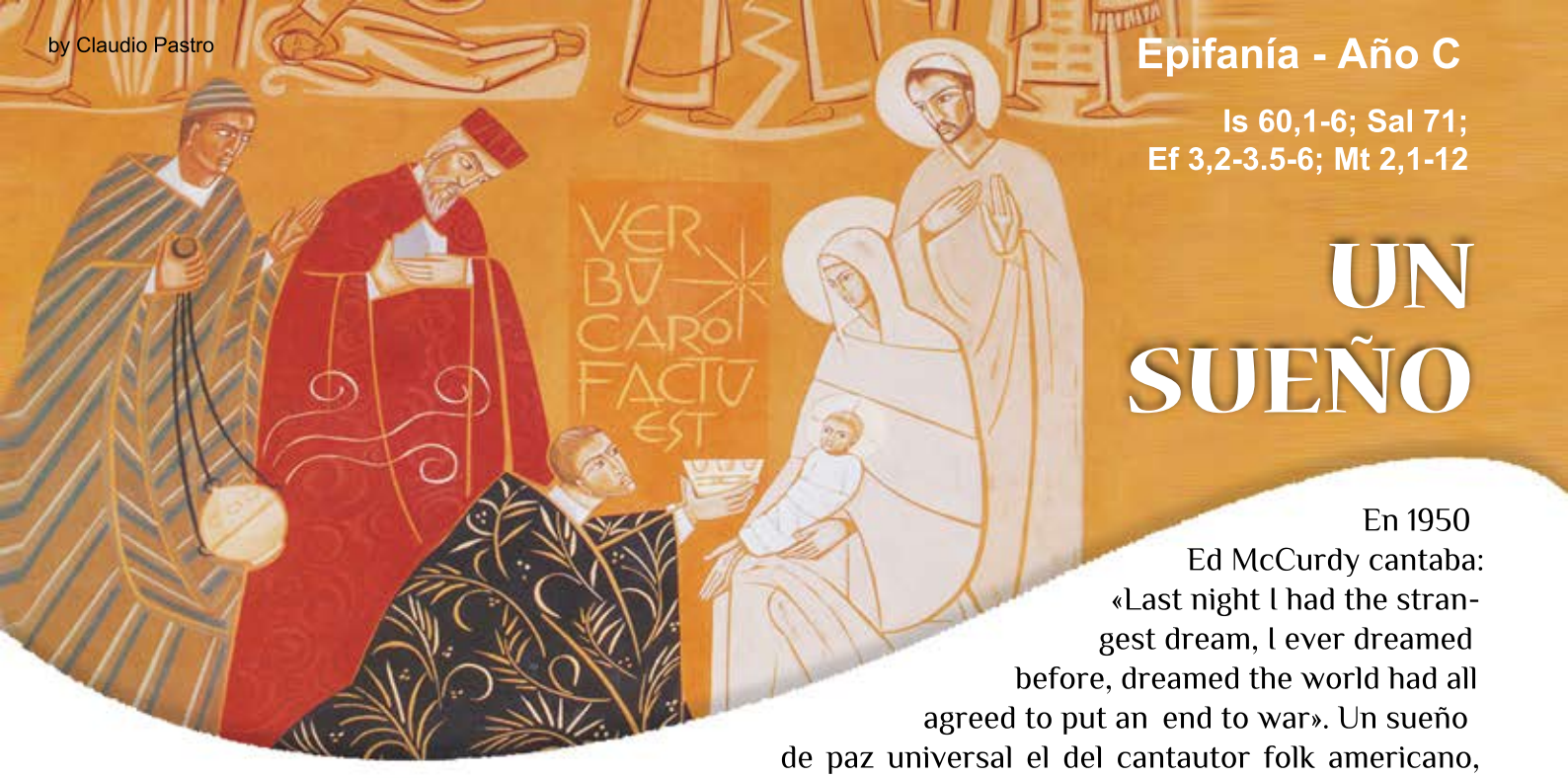
by Claudio Pastro



Epifanía - Año C

Is 60,1-6; Sal 71;
Ef 3,2-3.5-6; Mt 2,1-12

UN SUEÑO

En 1950 Ed McCurdy cantaba: «Last night I had the strangest dream, I ever dreamed before, dreamed the world had all agreed to put an end to war». Un sueño de paz universal el del cantautor folk americano, que reflejaba la aspiración de la humanidad de la época, bajo la amenaza del conflicto nuclear, con la guerra de Corea en curso y con lo del Vietnam a las puertas. Rápidamente se convirtió en el cartel pacifista de todo el mundo.

Muchos siglos antes el profeta Isaías pronunciaba su oráculo: «Es verdad que la tierra está cubierta de tinieblas y los pueblos de oscuridad, pero sobre ti amanece el Señor y se manifiesta su gloria».

El sueño de los hombres es el mismo de Dios. Tiene un solo nombre: paz. Solo los caminos para alcanzarla son diversos: el humano cuenta con la fuerza, el divino con la debilidad.

Señor ¿cuándo se realizará el oráculo de Isaías? ¿Cuándo Jerusalén será la patria de una humanidad finalmente reconciliada? No vemos que destrucción, guerra, odio, luchas de civilización que llevan horror pensando de llevar liberación, llevan divisiones en las familias, en los lugares de trabajo y hasta en la misma iglesia. Los corazones de los hombres están divididos, llenos de rencor.

Señor ¿cuándo llegará la liberación?

Mientras tanto tres personajes venidos de lejos llegan a destinación, guiados por una estrella providente que ha sido fiel durante el largo camino. Descienden de los camellos con vestidos elegantes, descargan sus valiosos dones para el Rey Niño, apenas nacido. Entran en la gruta llenos de alegría y he aquí que se postran para adorarlo.

Oración

Señor, vendrá el tiempo
en el que todas las gentes representadas
por estos Magos
correrán a las ciudades de la paz,
inclinándose ante aquel Rey Niño,
que reconciliará en su sangre toda división.
Señor, llegará el día,
en que el Reino de Dios
profetizado por los oráculos de Israel
será realizado.
Señor, aquel Reino,
ya está aquí, ya está en medio de nosotros.
Pero nosotros no lo entendemos
porque aquel Pequeño Rey
ha elegido la lógica de la cruz para reinar.
Amén.

Stefano Stimamiglio, ssp